



Ante el altar de Dios, después de haber ~~predicado~~ anunciado durante tres años el Reino de Dios, cayó Monseñor Romero asesinado por quienes no quieren la paz, cimentada en la verdad y en la justicia. Su muerte en el altar, precisamente cuando se disponía a ofrecer el pan y el vino que después se irían a convertir en el cuerpo y en la sangre del Señor, tras haber predicado que la vida ofrecida por los demás es prenda segura de resurrección y de victoria sella ~~maxima~~ martirialmente una vida de profeta, de pastor, de padre de todos los salvadoreños, especialmente de los más necesitados.

El paso de Monseñor Romero por la Arquidiócesis de San Salvador tiene las mismas características del paso de su Maestro y de su Señor por las tierras de Judea. Fue ante todo y sobre todo un seguidor de Jesús, del Jesús que pasó anunciando el Reino de Dios, que predicó palabras de esperanza y de amor, que se puso de parte de los oprimidos y denunció incansablemente la injusticia y la represión, que estuvo abierto a todos para buscar la reconciliación en la justicia -tema por cierto de su penúltima homilía dominical-, que fue acusado como su Maestro de blasfemo, de perturbador del orden público, de soliviantador de las masas y que como su Maestro cayó asesinado por quienes odian la verdad y reniegan de la hermandad y de la igualdad fundamental de los hijos de Dios.

Monseñor Romero supo unificar en torno a sí la Arquidiócesis entera. Unificó en torno a sí en primer lugar a los pobres y a los desposeídos; nunca como hasta los días de su predicación supieron los pobres que la Iglesia debe tener y tiene una opción preferencial por ellos, pero una opción viva y operante. Las palabras de sus homilías eran recogidas con amor y con esperanza por los miles de oprimidos y necesitados de todo El Salvador. Unificó en torno a sí al clero tanto secular como religioso; a pesar de lo difícil del momento nunca sacerdotes y religiosos estuvieron tan unidos y tan unificados en torno a una línea pastoral



que, como dijo el propio Monseñor en la homilía del último domingo, no era la suya particular sino la de la arquidiócesis entera, fiel a las enseñanzas de Medellín y de Puebla. Alentó a todas las fuerzas sociales que buscaban un cambio social profundo, en el que quedara desterrada la injusticia, la opresión y la represión.

Por todo ello y sin pretenderlo, humilde y paciente, dándose a todos sin pedir nada para él, gastándose y desgastándose por la liberación de todos, Monseñor Romero se convirtió en un héroe nacional y en el salvadoreño más conocido y estimado internacionalmente. Los periódicos, las radios, las televisiones de todo el mundo recogían su palabra, su compromiso. Gracias a él la palabra de Dios y la palabra del pueblo salvadoreño, los gemidos del pueblo de Dios, se escucharon por todo el mundo y subieron al cielo. Su voz llegó a ser tan universal y profunda, que los enemigos de la paz ya no la pudieron tolerar más. Y fueron a darle muerte ante el altar de Cristo, cuando predicaba la paz, cuando ofrecía el pan y el vino que no llegaron a convertirse en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, porque todavía su tarea no estaba acabada, porque aun falta mucho a la pasión y a la resurrección del Señor, porque aún falta mucho para la segunda venida de Cristo.

Por ello Monseñor Romero no ha muerto. Hay demasiados corazones vivos en El Salvador, que aman la justicia y aborrecen la injusticia, como para que él quede muerto. Tanto sembró y en tan buena tierra lo sembró que esa semilla dará el ciento por ciento. El pueblo salvadoreño debe saber que Monseñor Romero sigue vivo, que todo el clero de la arquidiócesis sigue tras sus huellas y se compromete a que su voz no quede acallada, a que su misión no quede interrumpida. Dios proveerá y cuidará para que su martirio de frutos espléndidos para la Iglesia y para el pueblo entero.

Para que esto suceda suplicamos a Dios nuestro Señor y pedimos a nuestro Papa Juan Pablo II que nos envíen un nuevo Pastor lo más parecido posible a Monseñor Romero. Esto es lo que quiere el pueblo de Dios, esto es lo que quiere el presbiterio, esto es lo que quieren los religiosos y las religiosas, esto es lo que necesita la arqui-

diócesis. Dios nuestro Señor así lo sabe y así lo ve, porque eran quien mejor conocía el corazón santo de Monseñor Romero y quien mejor conoce las necesidades de su pueblo; Dios Nuestro Señor bendijo a la arquidiócesis enviando como Pastor durante tres años a este hombre profundamente religioso, esencialmente pastoral y al que lo político y lo social se le dió por añadidura sin pretenderlo ni buscarlo. Pedimos al Papa que nos envíe como Pastor a quien pueda seguir los pasos de quien fue el nuestro durante estos tres últimos años.

El clero de ~~Mix~~ la arquidiócesis de San Salvador así lo quiere, porque quiere seguir comprometido en esta hora tan difícil de la patria en hacer brillar sobre la oscuridad la luz del Señor, sobre la injusticia la verdad de Dios, sobre el dolor y la lucha la esperanza del Espíritu. Doloridos, acongojados, pero llenos de fe y de amor, sin cegar en la esperanza, pedimos a todo el pueblo que siga adelante, que Dios no le va a faltar. Que no se deje ni desanimar por el dolor ni estallar de rabia. Monseñor Romero nos va a ayudar desde el cielo para que pronto todos juntos cantemos la gloria de la resurrección en una tierra nueva donde florezcan los hombres nuevos que saben amar a Dios porque saben amar a sus hermanos.

25- Marzo - 80

